

LA GRAN CARCAJADA DE PAU RIBA



esto tiene una importancia muy relativa. Del mismo modo que perfecciona su dicción, puede aprender a respirar, a impostar la voz, y, qué cuerno, ¿acaso no existen micrófonos en este país? Digamos también que este primer disco —editado por Concentric— no facilita demasiado la comprensión de lo que dice Pau Riba y de cómo lo dice. El señor Burrull y su charanga «folk», con resabios del «Latín Combo», apagan la voz de Pau y su música se ve adulterada caprichosamente. ¿Qué día se convencerá el señor Burrull de que el «folk song» no es ninguna cosa de San Juan a la que hay que adornar con pifoncitos, guinditas y unos trocitos de naranja confitada?

¿Qué pinta Pau Riba en el bonito panorama de la actual canción catalana? Pues, según mi modesta opinión, pinta y pinta mucho. Pau, con su reacción, consciente, elaborada, contra las canciones de «matinada»; contra el paraíso musical pequeño-burgués; contra esa Patria que se exhibe, impudicamente, como una gran mona de chocolate; contra el intelectualismo «tronat» de las niñas que se plantifican una señal de tráfico en un sitio que yo me sé, enchufan el tocadiscos y hacen ver que escuchan la voz de una señora que canta un poema de Antonio Artaud acompañándose a la flauta —«nosaltres sempre tan parissencs!», como decía aquel—; contra todo esto, la elaborada reacción de Pau Riba, manifestada a través de unos textos de una gran concreción y de una poesía muy estimable, viene a representar una bocanada de aire fresco, una sana crítica, a veces mordaz, pero indiscutiblemente provechosa, frente a esa «dolça» estupidez en que amenaza quedar envuelta gran parte de la canción catalana.

En definitiva, Pau Riba, con sus diecinueve años, viene a decirles a ciertos catalanes algo parecido a lo que Bob Dylan les dice a sus paisanos: que algo está ocurriendo, algo que ellos no saben qué demonios es por la sencilla razón de que ya no saben mirar a su alrededor.

Para Pau Riba lo importante es saber mirar —«voir clair», como decía Eluard— y, luego, soltar la carcajada. Una gran y liberadora carcajada.

J. DE S.

Pau Riba, «nét del poeta Carles Riba» —como reza la nota biográfica que figura en la contraportada de su primer disco—, tiene diecinueve años. Físicamente recuerda a una cabra sabia, una de esas cabras con quevedos que ilustraban las ediciones románticas de las fábulas de La Fontaine. Los calcetines rojos, el pantalón de pana verde, la camiseta azul a listas blancas y el jersey de un color indefinido, sumados a una rojiza, rizada y abundante pelambreira y una perilla también rojiza, le dan un aspecto un tanto fantástico. Pau habla despacio y los pocos gestos con que acompaña sus palabras son los de una persona reservada y sensible. Pau habla poco y escucha mucho. Cuando abre la boca nunca sabes a ciencia cierta si habla en serio, o si se está burlando de ti.

Pau Riba posee un raro sentido común. En su primer disco —en el que Pau canta cuatro canciones, con letra y música propias— el chico no nos habla ni de la Libertad, ni del Vietnam, ni de las «mallarengas», ni de algún que otro problemático «sopar de duro» en un futuro próximo. No; Pau Riba —que ha escuchado muchas canciones beat, muchas canciones blues, muchas canciones pop, muchas canciones jazz, muchas canciones rock, muchas canciones soul, muchas canciones folk, muchas canciones ligeras, muchas canciones populares, muchas canciones malas, muchas canciones de protesta, muchas canciones de «matinada», muchas canciones de Bob Dylan y muchos libros de William Saroyan—, Pau Riba canta algo muy distinto:

Taxista porta'm al cel
és que busco feina i potser al cel n'hi haurà
Ja la terra és plena de plegats de mans.

Vull veure si té Sant Pere
un recó per a escombrar,
algun núvol que es desinfla
o algun sant per respatlhar,
una porta que grinyola
o un cargol per apretar
qualsevol pany que no s'obri
o quelcom per adobar.

Taxista porta'm al cel
és que busco feina i potser al cel n'hi haurà.
Si em moro de gana, igual hi hauré d'anar.

¿Brassens? ¿Dylan? A mi modo de ver predomina el francés. Pero aquí los versos tienen una cierta consistencia, se ha producido una auténtica asimilación. Esa nube que se deshinchó y ese santo polvoriento tienen una calidad que ya quisiera para sí la oca del señor Roca, una oca que nos recordaba demasiado a las gallinas del señor Carulla en traje de domingo. No, los versos de Pau tienen una auténtica personalidad, como las ocas de Brassens.

¿Qué viene a pintar ese chico de diecinueve años en el bonito panorama de nuestra canción? ¿Dónde diablos vamos a colocar sus santos y su ángel guardián? («Ja fa temps que no sé on para», dice Pau al taxista). ¿En qué disimula-

do rincón vamos a ocultar «el cos mort nu» de «La besavia»? Y aquellas «meuques guarnides de festa» de «la plàcida nit de Nadal», ¿qué haremos con ellas? Y, decíme, ¿en qué museo nos aceptarán al triste Neptuno de Pau Riba, aquel «tros de rei vellet» que ignora «que l'absolutisme se l'ha endut el vent»? Y a la desengañada Helena, que sabe ya que «Els Deus fóren sempre els pares», ¿quién la corteará?

Pau Riba no es lo que se dice un cantante cómodo. Y, para colmo de desgracias, Pau Riba «no canta massa refilat». Tiene poca voz, su dicción es todavía algo insegura, aunque ahora frecuenta las clases de ortofonía de Carmen Serrallonga —y, de vez en cuando, desafina—. Sin embargo, todo